

de los dolores, es lo que se destaca sobre el fondo rojizo de la siniestra tarde del 1.º de febrero. Y como añadidura de elemento dramático, y hasta cabría decir melodramático, al lado de esta noble figura envuelta en crespones, se sitúa la del detestado traidor, á quien se imputa la catástrofe, del que todos abominan y para el cual no hay diatribas suficientes: el dictador Juan Franco, que acaba de cruzar por Madrid. He ahí los elementos emocionales que, desde afuera, absorben por completo la atención, cristalizan la impresión, y no dejan lugar á que consideremos el problema político y social.

* *

El problema, en Portugal, á lo que parece — pues yo no he estudiado detenidamente esa cuestión, — era colonial, de hacienda y de instrucción pública. El juego de báscula acostumbrado verificábase allí con regularidad: dos partidos, más avanzado el uno, más conservador el otro (como aquí), turnaban en el poder. Así, á su vez, mordían todos los políticos de Portugal en el sabroso bollo inagotable del presupuesto. Las cosas iban mal para el país, y si recuerdo ciertos divertidísimos artículos de Ramalho Ortigão, las Cámaras eran sencillamente el horno donde se cocía el bollo susodicho y donde se elaboraba eso que Max Nordau llamó la mentira convencional parlamentaria.

Apareció Juan Franco. Conste que no voy á recomendar sus métodos de gobierno. Sin duda le faltó arte y maquiavelismo; quizás no le permitieron desenvolver estas aptitudes (caso de que las poseyese) las circunstancias. Sólo creo deducir, de lo leído y escuchado recientemente, que Juan Franco, hombre muy rico y de quien nadie ha dicho que se pringase las manos ni tomase para sí valor de diez reis, arregló y levantó la hacienda, mejoró la situación de las colonias, rebajó los impuestos, reforzó el presupuesto de instrucción pública, impulsó la cultura activamente (y de ello son testimonio los dos postreros decretos que firmó, su último acto en el poder). Es cierto que amplió la dotación de la casa real, que acaso lo necesitaba para su decoro; pero también aumentó otros sueldos de funcionarios más modestos, y es lícito que lo haga así quien reduce las contribuciones y descarga al industrial y al agricultor.

Para realizar sus planes, Franco anuló las Cámaras y estableció la dictadura. (Sigo relatando lo que leo y oigo.) Ahora bien: yo me pregunto si debemos asustarnos de tal palabra, ó de alguna palabra; y vuelvo á preguntarme si no es esta la palabra que hace pocos años lanzaron á la circulación muchos españoles heridos en sus sentimientos patrióticos por las desventuras y el mal gobierno de nuestra nación, y si no fué Costa, el ilustre Costa, que es republicano, quien más nos deseó un Franco de hierro, un hombre enérgico que asumiese el poder y mandase sin cortapisas, destruyendo el imperio de la oligarquía y el caciquismo. Y bien mirado, quien conoce caciques, y caciques gallegos, ¿á qué Franco ha de temer? Dicen que Franco encarceló á muchos portugueses, sin que se supiese en dónde. Sin embargo, Franco no derramó sangre. Yo, que he contado la verdadera historia del cacique Lobeira, que al amparo de las leyes y las libertades vigentes hizo lo que en mi cuento *Viernes Santo* puede leer el que tenga ese capricho, ¿voy á alarmarme porque un dictador envíe gente á la cárcel? Siquiera ese dice, *franquemente*: «Lo hago, porque soy dictador.»

* *

Como artificio retórico, semejante á las frases que Medea dirige á Jasón, no está mal el repetir que Franco fué el verdadero regicida. Pero detengámonos un instante á reflexionar y veremos que, lógicamente y según todas las probabilidades, Franco debió creer que los asesinos la emprenderían primero y únicamente con él, puesto que él era el odiado, el sentenciado, el que recogía la cosecha de maldiciones. Y así lo hubiésemos supuesto todos, si nos echamos á vaticinar. El asesinato del rey, y del inocente príncipe, ha sido una sorpresa de la historia. Los regicidas, de la familia de los Brutos (dicho sea sin retruécano), creyeron que al suprimir individuos se suprimen instituciones, y es posible, aunque no seguro, que en este caso, como en el de Roma, suceda lo contrario; porque la conmiseración, la simpatía, el horror propio de sucesos tales, antes ganan partidarios á las víctimas que dan la razón á los culpados. Las conciencias honradas reprueban, como acaba de reprobar Bernardino Machado, jefe, según leo, del partido republicano portugués.

La casualidad, el destino, de tal modo combinan las cosas. Franco era el señalado para la bala ó el puñal, y sin embargo, según todos los indicios, si persiste en mantenerse alejado de su país y de la política, morirá en su cama, cuando Dios quiera. Así le sucedió á otro dictador, pero sanguinario, Rosas, quien, según las atrocidades que cometió, debió haber sido pulverizado mil veces, y acabó su existencia pacíficamente, en Londres. Hoy se reconoce que la dictadura de Rosas, aunque manchada y afeada por tantas crueldades, fué base del engrandecimiento futuro de la espléndida República Argentina. He aquí por qué digo que la sensibilidad es una cosa y la historia es otra. El romanticismo, que consagró los derechos del individuo, ha establecido y propagado la teoría de que la lesión al derecho de uno debe provocar la protesta de todos. Quizás, socialmente hablando, lo ortodoxo es lo contrario, y el bien de todos, de la nación en conjunto, va muy por encima de la queja individual. En suma, yo no desarrollo aquí teorías. Me limito á observar que, en Portugal como en todas partes, el que trata de atajar abusos y poner las cosas en orden, desencadena tempestades. La mansa anarquía establecida á la sombra de los gobiernos constitucionales forma una red de *intereses creados*, que no se puede romper fácilmente.

* *

La prensa — y no tenemos otra fuente de información por ahora — reproduce amargas frases dirigidas por individuos de la familia real portuguesa á Franco, y hasta nos muestra al duque de Oporto con el bastón ó el puño alzado para agredir al dictador, ante los cadáveres del rey y del príncipe. Todo puede comprenderse y excusarse, bajo la impresión de pena y espanto, en los primeros instantes de tal suceso. Pero nosotros, que no debemós experimentar sino la piedad natural, el respeto no menos humano ante la tragedia, tenemos que juzgar de muy distinta manera el papel de Juan Franco, y la razón ha de decirnos que si él ejerció la dictadura, fué porque se la pusieron en las manos, habiéndole llamado, es frase del emigrado portugués vizconde de Ameal, para salvar la situación, considerándole «hombre de nervio.» Y este fué justamente el peligro y el escollo de la dictadura: que Franco no entró á ejercerla solamente para hacer patria, sino también para solventar y cortar dificultades y complicaciones, errores y tropiezos, de los cuales no le alcanzaba responsabilidad, aunque la hubiese echado resueltamente sobre sus hombros.

Podrá decirse que forzó la máquina; que fué más allá de lo que aconsejaba la prudencia. Punto es este que yo no he de discutir, pues carezco de datos eslabonados, y á primera vista, creo que en efecto aciertan los que acusan á Franco de extremar el régimen de coacción. Hemos tenido en España una verdadera dictadura, la de D. Antonio Cánovas del Castillo. «Durante algún tiempo — me dijo él mismo — no hubo en España más rey ni más Roque.» Na die, sin embargo, pudo decir que las formas legales fuesen desatendidas: aquel período efectivamente dictatorial se desarrolló dentro de la legalidad aparente más completa. De tal habilidad no dió muestras Franco, que siguió la regla de su apellido; procedió de un modo rectilíneo, sin acordarse de las sentencias del secretario florentino, que enseñan la cautela y el arte de hacer cuanto se quiere, inculcando á las gentes que se hace lo que ellas desean.

* *

Con todo eso, el desacierto de Franco no impide que, cinco minutos antes de la tragedia, poseyese la entera confianza de su monarca y fuese considerado como el hombre providencial. La fatalidad — y claro es que por encima de la fatalidad, la Providencia, — gobierna y dirige los casos de fortuna, poder y sangre, y á veces los hombres van vendados y tranquilos hacia el precipicio. Deseamos de todas veras que la nación portuguesa, no sólo hermana, sino hermana gemela de la española, recobre la paz, el orden y la normalidad, bajo el cetro del joven don Manuel II, en tan tristes circunstancias investido de su altísimo cargo, y que con tan buena fe se apresta á desempeñarlo. Y en interés de Portugal, deseamos también que Franco, á quien ya los periódicos sus enemigos llaman *sincero*, no llegue á ser *necesario e indispensable*.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Es una página bien terrible é impresionante de la «vida contemporánea» esa tragedia de Portugal, que desde hace días da pábulo á las conversaciones, y que lo dará á reflexiones históricas, por mucho tiempo.

Estoy convencida de que sólo una persona que haya seguido muy de cerca la marcha y desarrollo de la política lusitana en estos últimos tiempos, puede razonar las verdaderas causas y concausas que han venido preparando el asesinato del monarca y del heredero de la corona.

Pasa siempre — sobre todo en los primeros momentos — lo mismo: en el extranjero se forma una opinión somera, fácil, que acepta en grueso las versiones precipitadas, y que, por regla general, se inclina á las explicaciones de sentimiento, de personalidad, antes que á aquella prolija evaluación de motivos, relaciones, influencias y orígenes que hubiesen verificado un Taine ó un Macaulay para desentrañar la verdad realista que se esconde, infaliblemente, de trás del aparato escénico de esta clase de acontecimientos.

El fenómeno á que estoy refiriéndome se produjo en el célebre asunto Dreyfus. Mientras Francia se dividía en dreyfusistas y antidreyfusistas, el extranjero era dreyfusista casi en masa. Y es que al extranjero no había llegado lo que latía bajo el memorable proceso, sino solamente la novelesca y patética historia del prisionero en la Isla del diablo, de sus sufrimientos, etc. El serio problema de Francia, que en nada se parecía á ese capítulo de folletín, importaba muy poco á las demás naciones (porque las naciones han de convencerse de que cada una debe mirar por sí, y que nadie se salva ni se condena por otro). Así es que Dreyfus infundía gran lástima... aquende el Pirineo, allende los Vosgos, á la gente sensible. Los buenos corazones no se interesaban por Francia, sino por un francés, caso de que Dreyfus lo fuese, que ni por raza ni por atavismo lo era.

* *

Y algo semejante, salvas todas las reservas, ocurre ahora con Portugal: el hecho escueto y trágico es lo que se ve; lo que envuelve ese hecho apenas preocupa. ¿La política portuguesa ha cambiado? Muy bien. Aquí no se sabe nada del nuevo ministerio: lo que se busca con afán en la prensa son los detalles sensacionales, que satisfagan el ansia de emoción. La figura de la reina, esposa y madre, bañada en el más humano de los llantos, transida por el más sagrado

¿Y si
Mad
porque
vuelo e
terado,
Madrid
menos,
la espe
nes. —
específ
¡Nad
combat
á la juv
todas l
cabalge
un ray
ra que
las refe
tos y q
curiosi
person:
prócer
tradicj
mal. E
se desl
desahu
el fata
nuevo
ni plat
sayo ii
extrañ
andar,
ron, la
mismo
duo ne
Otra
mo me
tancia
tuberc
ble ma
do su
parece
bálsan